

Antonio Daniel García Orellana

PESTAÑAS FUCSIAS

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: © Daniela Tejera Padrón

1ª edición: diciembre de 2019

© Antonio Daniel García Orellana, 2019

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2019

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

en coedición con:

FUNDACIÓN CAJACANARIAS



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-17830-94-6

DEPÓSITO LEGAL: V-3116-2019

IMPRESO EN GRAPHYCEMS

*A mi hermano David,
una gran historia en mi vida.*

*A José M.^a Barrera,
por enseñarme a leer en serio.*

«El arte es rebelión contra el dominio;
el espectáculo, sumisión a una vida de contenido superficial.»

MARTIN GROTJAHN

I. DÓMINE

UNA máscara sabe de máscaras.

Te impermeabilizas ante cualquier noticia, y comes la ensalada fresca mientras las imágenes de impacto minan las televisiones; dejas las espinas en el borde del plato, junto a los huesos rotos de los niños soldado de cualquier guerra, junto a los cabellos quemados de las mujeres que huyen del Hombre, junto a la carne cruda y sangrienta de los pueblos indígenas, y pelas la manzana mientras gritan las madres del mundo. Sientes lo que ocurre pero ya no vomitas por eso. Como persona, estás tan inmunizada, tan mediatizada, tan sedada, que no experimentas reacción por las atrocidades; te quedas frente a ellas limpiándote la boca con la servilleta del silencio.

Si te interesas por una niña secuestrada, tienes, de pronto, ojos para ella, y, a la vez, no quieres tenerlos. ¿Qué hay de especial en esta que no exista en cualquier

otra inocente que padezca una injusticia? De nuevo, agudos, tus ojos. Te inspira quizá un sentimiento maternal. No eres madre, pero eres madre de esta niña. ¿Es eso? Es eso. Como si de repente descubrieras un libro en medio de una carretera, ahí, sin saber por qué está ahí. Reaccionas y pones la cabeza mirando hacia otra dirección, casi de espaldas, como hace la mayoría que practica la indiferencia, pero tú miras de soslayo. Piensas que esta historia no es para ti. Pero es tuya. Se cruza en tu camino curioso y es tuya. Y cuando sales de los pensamientos que te habían atrapado, tu mirada sigue puesta en el objeto. Sabes que es peligroso ir a recoger el volumen del suelo, y por un instante decides olvidarlo. Pero el mundo, de una acera a la otra, se para, como cuando esperas que un ángel te sople al oído qué hacer. Y entonces regresas a la portada del ejemplar.

La carretera está sola. El alumbrado público se inicia con progresión inexacta. No hay vehículos. Parece una tarde adrede, sola, con algún sobresalto al acecho, como si una cámara oculta grabara una broma para la sección de humor de un programa televisivo. ¿Qué libro es ése y qué lugar es ése para un libro? ¿Cómo y cuándo ha llegado hasta ahí? Te acercas. No es tuyo, pero es más tuyo. Sin marcas de neumático, quiere decir que lleva poco tiempo en el asfalto. Te preguntas por el título, pero no figura ninguno en la portada. Tampoco en el dorso. Miras a un lado y a otro donde sigue sin

haber nadie. ¿Qué tipo de libro sin dueño es este que coges entre tus manos como a una muñeca de trapo que no huele a nueva? Presupones que pertenece a un extraño. Presupones que lo han dejado para ti. Presupones que presupones... ¿Lo han dejado para ti en medio de la carretera? ¿Por qué no sobre el césped de un parque o en el asiento trasero de un taxi? En todo caso, estás ya dentro de la historia de la obra sin sospechar si amarás su contenido, aunque amarás su contenido sea el que fuere, sólo por cómo ha llegado a tu vida.

Sin salir de la vía abres la primera página y, en la parte inferior, hay un sello con tinta fucsia con una inicial clara, la tuya. Ahora el libro es más tuyo que antes. A lo lejos suena prolongadamente el tubo de escape de una Yamaha, se aproxima con un ronquido incisivo y nocturno como el himplar de una pantera. Te permites pasar la primera hoja con el exlibris fucsia para descubrir lo que hay en la segunda; nada, en blanco. Pasas la página, frágil y áspera, y en la tercera, sin numerar, lees «Gracias» en más de diez idiomas con letra autógrafa diferente, y no olvidas que se acerca la moto tala-drando la avenida. No decides a qué acera dirigirte, hasta que, por fin, sales del carril y subes a una en el momento en que el motorista te esquivo con mirada felina y trepanadora dentro del casco.

Te preguntas qué pone dentro después de la tercera página, y ya no puedes dejar de interrogarte por lo que

encierra –un ángel, dos, tres te susurran al oído lo que debes hacer y lo que no debes preguntarte–. La experiencia de pasar la mirada por sus líneas, con la entrega que desees, con imposible control de los sentimientos que despierte, con lo que subrayes, acorde a tus pensamientos, a tu vida, es un regalo, en cada página. Acabas de parir un libro.

Alguien te observa y estás inmóvil sobre el bordillo de la acera a la que te lanzaste hace cinco minutos, ahí, pensando, oyendo, desoyendo, apretando el texto entre tus manos.

Hay otros peatones en la vía pública, los oyes, ahora circulan los coches, sobrepasan la velocidad indicada. Ya ha anochecido. Temes mirar hacia tus manos porque tal vez no exista ningún libro, ninguna historia entre ellas. Así entras en las palabras, en los párrafos, en los capítulos del libro, como en un bosque sin tiempo de este modo penetras en la historia de la niña secuestrada de Dómine, sin que nada te pertenezca y, sin embargo tuya –con un coro de voces aladas gritándote lo que debes hacer y lo que no debes preguntarte.

Hay un suspiro sin lanzar en tu boca.

Tras una animación gráfica, púrpura, sobre dos mujeres frente a unos tapices bordados por ellas, en la que una se transforma en una araña, alguien pulsa sin prisa un teclado de un ordenador y, uno a uno, apare-

cen en un fondo negro seis caracteres que conforman un rótulo conocido, con relampagueante fuente dorada. Arranca la emisión con gente desconocida en escrupuloso directo. En esta web la vida de una niña secuestrada depende de lo que sugieren los usuarios que la ven encerrada.

D Ó M I N E

Saber que un delincuente se dirige a los participantes de la web incita a una experiencia con una tensión extra que, si bien produce recelo, genera a la vez cierto placer al mirar sin que te miren, al oír sin que te oigan, en la sensación de espiar a un violador de la ley, de formar parte de su trasgresión, y de su soterrada burla, o de pasmarte ante el delito que comete desde hace cuarenta y ocho horas y que mete el corazón en un puño.

Relampaguean tus ojos con un término claro: *Dómine*. ¿Señor de qué? ¿De quién? Alguien que mantiene despierta la preocupación, y la curiosidad, del ciudadano común, con una voz que debes creer como suya y que dicta con parsimoniosa seguridad: «Juega a través de mis manos». Conoces esos sintetizadores de voz. Se descargan con facilidad en Internet. Hay quien hace bromas telefónicas con ellos. Sirven para modular, para texturizar la voz, para cambiar el timbre; la ecualizan, la transportan a una nueva tesitura, más aguda o más grave, según se desee, amplifican o disminuyen el volumen, logrando una distorsión de la realidad de una

teatralidad rotunda. «Depende de ti que la niña viva», afirma la voz. Pero no crees en esta voz. Cuando establece conexión con la audiencia activa un micrófono ecualizado por un programa informático, y se ríe del cuerpo que vela por el mantenimiento del orden público y la seguridad cibernética de los ciudadanos.

Depende de ti...

Las palabras irreales se dirigen a *ti*. En esta coyuntura, la voz transfigurada cala, parece tocar algún mecanismo interior que despierta un lado morboso. ¿Cómo puedes sentir atracción por escuchar lo que escuchas? Pero sientes atracción. De esta forma sutil, el actor sin rúbrica te hace cómplice con toda una carga de chantaje que agita tu falta si no intervienes en este asunto.

Sus palabras son atendidas por los navegantes que saben de la página web, más cada vez, gracias a la eficiente publicidad que los medios de comunicación le confieren, hasta el borde de la sobredosis, en particular los noticiarios autonómicos y programas sensacionalistas, por encima de los problemas de interés social. Todos se hacen cómplices, son una enorme conciencia colectiva, responsable de la vida de una niña privada de libertad por un fantoche con el rostro en el anonimato, y una voz suya y no suya, desfigurada y aterradora.

El rostro tras una careta grotesca es un reclamo poderoso. No te puedes desenganchar de la imagen; te